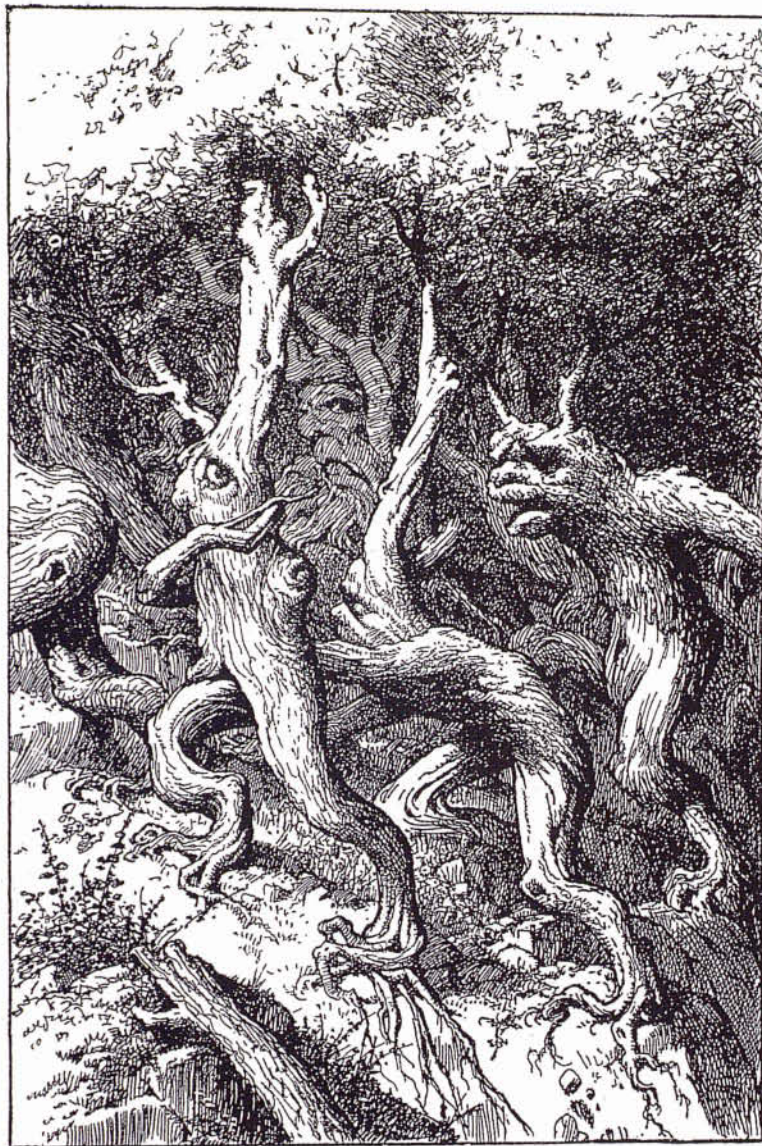
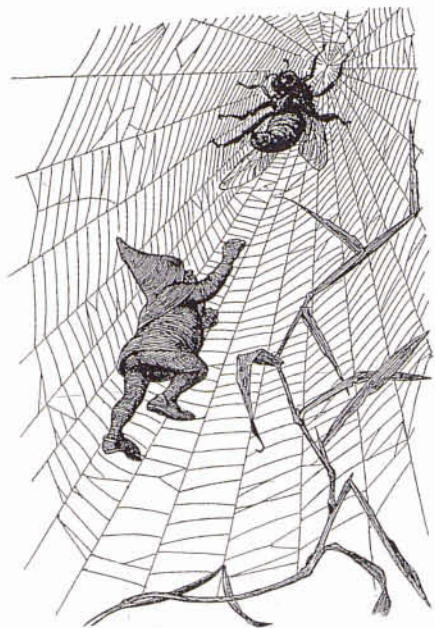


# APEL·LES MESTRES



APEL·LES MESTRES, ESCRITOR Y ARTISTA, SINTETIZA UNA ÉPOCA CAPITAL DE CATALUÑA, EL MODERNISMO, PERÍODO MARCADO POR LA FUSIÓN ARTÍSTICO-LITERARIA.

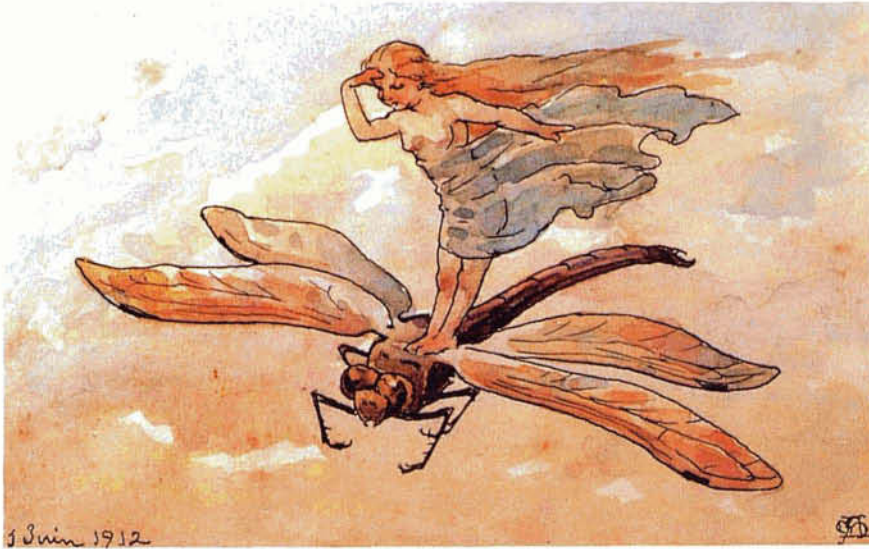
M. ÀNGELA CERDÀ CRÍTICO LITERARIO

ILUSTRACIÓN DEL LIBRO *LILIANA*, 1907

**E**l artista poliédrico y escritor total, Apel·les Mestres i Oñós (Barcelona, 1854–1936), sintetiza, con su figura y obra paradigmática, una época capital en Cataluña, el Modernismo, período de integración de múltiples “ismos” al mismo tiempo y marcado por la fusión artístico-literaria. Tras haber hecho del arte su profesión, Mestres debutó como dibujante de prensa en 1877, en publicaciones muy conocidas como *La Campana de Gràcia* y continuó ya como artista ilustrador. Después de haber publicado, en 1875, el libro de versos *Avant*, cultivó distintos géneros como escritor y, repetidamente

galardonado en los Juegos Florales, fue proclamado en 1908 Maestro en Gay Saber. Además de su dedicación a la jardinería y al coleccionismo, en 1922 estrenó música para sus propias canciones, algunas de las cuales, como “*Minuet*”, “*Birondon*” o “*Cançó de Taverna*”, obtuvieron popularidad y éxito muy merecido. Si su actividad de dibujante e ilustrador personalísimo, desde caricaturista irónico hasta delicado estilizador, fue intensa y extensa —se le calculan unos 40.000 dibujos de todo tipo—, no lo fue menos su dedicación literaria de escritor total como narrador, comediógrafo, traductor y poeta,

simbiosis artística con la que creó una serie de libros, muchos de ellos ilustrados por él mismo, que responden al concepto modernista de arte global, que es también el ideal simbolista. Marcado por una singular infancia transcurrida en un mundo de señorial rusticidad y refinamiento artístico, Apel·les Mestres asumió, por medio de las fiestas tradicionales intensamente vividas y las rondallas recibidas de viva voz de la abuela y de la madre, unas imágenes y una mitología que serán ingredientes valiosos de su variada producción. Nacido durante la “*Renaixença*” pero autor prototípico del “fin de



siècle", el artista-poeta intentó también la fusión de un realismo con un idealismo por el hecho de literaturizar y conciliar un conjunto de opuestos, desde la expresión humorística o sarcástica a la lírica y desde la comicidad a la moralidad y la intimidad.

El final del siglo XIX señala un momento importante de su producción poética y el comienzo del nuevo siglo el tanteo del género dramático, un teatro poético-musical —que tiene un precedente en el idilio dramático *La nit al bosch* (1881)—, en el que sobresalió y obtuvo popularidad con obras más o menos fantásticas, algunas de ellas como *Picanyol* (1901), *Follet* (1903) o *Gaziel* (1906), musicadas por el compositor Enric Granados. A contrapelo de la novela y precursor de la Edad de Oro del Cuento en Cataluña, escribe siempre en un lenguaje espontáneo narraciones breves como *Records i fantasies* (1896), leyendas y rondallas populares como *Qüentos bosquetans* (1908).

Publica también, junto a *Idil·lis*, *Balades medievalitzants* y *Cants íntims*, una notable serie de poemas narrativos como *Margaridó* (1890), *En Misèria* (1896), *Poemes de mar* (1900), *Poemes d'amor* (1904), *Poemes de terra* (1906) y la leyenda poemática *La perera* (1908); compendio y culminación de todo ello es el libro-poema narrativo *Liliana* (1907), fusión de texto-imagen y considerado una de las joyas de la bibliofilia modernista, con valor artístico autónomo y un producto de inspiración global. Dos fuentes primordiales, los dos arca-

nos de la naturaleza y del mundo medieval, nutrieron la fecundidad imaginaria de Mestres, con el don innato de transportar al lector a cualquier época. Muy atraído, pues, por la Edad Media, el autor escribe en la autobiografía infantil *La Casa Vella. Reliquiari* (1912) que "la edad media palpitaba en mí, pero como un sueño, como el recuerdo de una vida vivida, de otra infancia muy alejada" porque, ciertamente, en aquella "casa vieja" recóndita y entrañable, junto a la Catedral barcelonesa, "podía creerse perfectamente en gigantes y enanos, brujas y tragos, reyes moros y princesas encantadas". Por otro lado, la obra de Apel·les Mestres ejemplifica el fenómeno cultural de la transferencia del sentimiento religioso tanto a la actividad artística como a la Naturaleza y, por ello, su templo, la selva o el bosque, poblado de conmovedoras imágenes ilusorias, se convierte en un lugar sagrado contemplado con adoración:

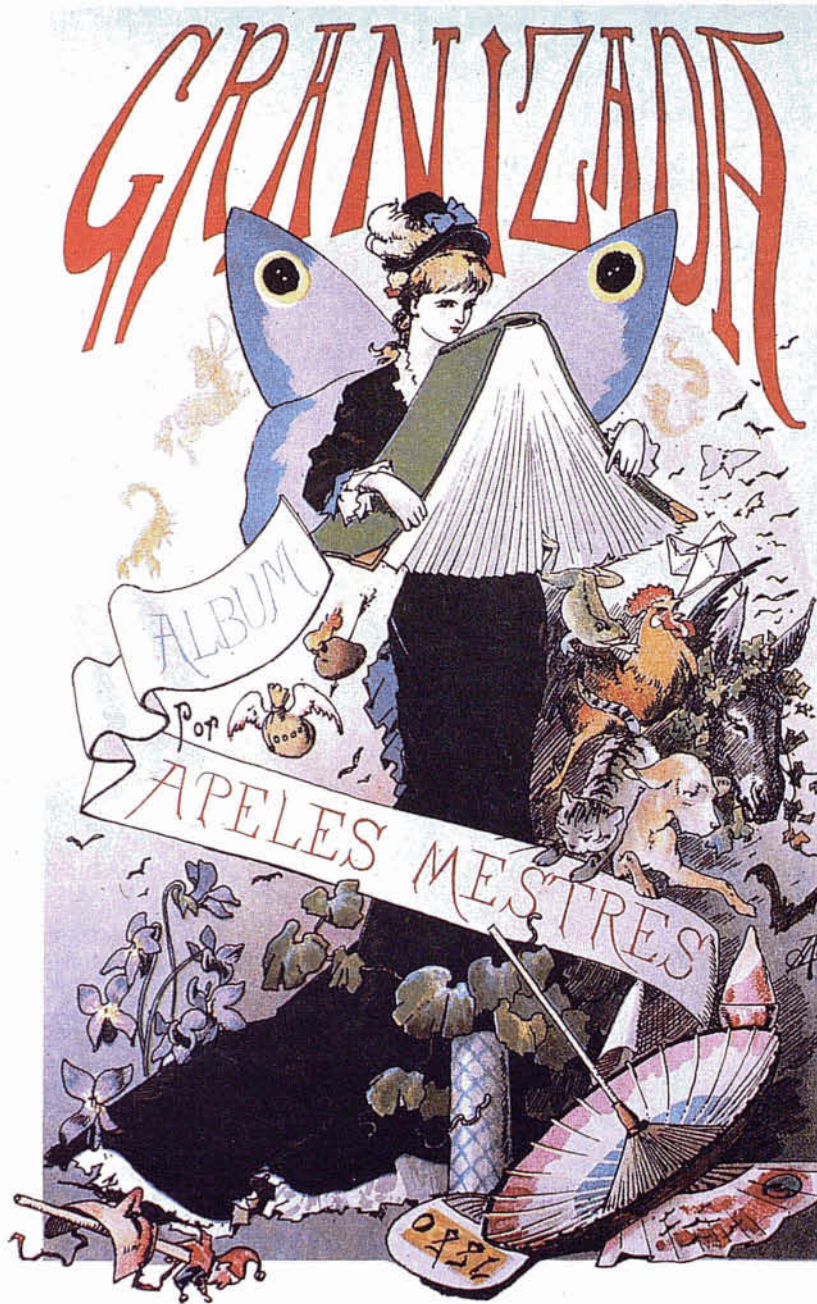
*Al templo donde me encamino  
somos pocos los que subimos;  
no lo fabricaron los hombres,  
que lo fabricó Dios mismo.*

Y es en esta inefable escuela de poesía y esoterismo donde capta un mensaje semidivino que transforma, con su alquimia, en un mundo mágico de ilustraciones, poemas, canciones... "Llevado por la adoración que profeso a la Naturaleza, seducido por las voces tan melodiosas como sabias que siento en

cuanto vive (...) he intentado algunas veces ir más allá y presentar a la Naturaleza misma, hablando como siento que habla". Al copiar fiel y minuciosamente la Naturaleza, le confiere primero vida, autonomía y después la magnífica por medio de su arte que la proyecta hacia un tiempo primordial, edénico, como "La non-non dels papallons", un emblema del modernismo:

*Dormid, dormid, mariposas de oro,  
ya se ha dormido la última flor en su  
lecho de musgo (...)  
Dormid pensando que no hay invierno,  
que azul es el cielo, eterno el estío...  
¡y que las flores no mueren!*

Maestro de la falacia patética, el artista poeta personifica un microcosmos natural de robles, setas, violetas, villancicos, amapolas, mariposas, cigarras, ranas, ruiseñores... Y un imaginario de enanos, elfos y ninfas del agua, todos ellos seres enigmáticos que conviven armónica, ejemplarmente, en el sempiterno retorno cíclico, ya que para Apel·les Mestres la Naturaleza es, al mismo tiempo, altar y púlpito, estética y ética. Y los singulares héroes que se mueven en los escenarios naturales pertenecen a la mitología medieval del autor o a la fascinante iconografía del bestiario mestresiano, aquellos "pequeños vivos", artistas de sonoridades y colores, que perfuman y cantan y que, al igual que el artista puro, "no conocen siervos ni tiranos":



*Prefiero a esos que viven un solo día  
una existencia humilde de amor y de  
armonía (...)*

*Esos pequeños que para mí son los más  
grandes.*

Además, estos paraísos pre-industrializados recreados por la imaginación del autor —como el poema *Liliana*—, donde la existencia transcurre fuera del tiempo histórico y en el Gran Tiempo, son lugares depositarios de una ciencia arcana que exorcisan la cronología destructora y el mundo profano, opresivo y hostil a la poesía, y son tam-

bién los receptáculos de unos arquetipos que, poseyendo categoría simbólico-espiritual, transmiten unos mensajes recónditos con el incentivo mágico de los procesos misteriosos de la naturaleza.

*Allí, donde la sombra es iris  
y es música el silencio;  
donde todo vive en sueños,  
donde todo suavemente ondula,  
allí he nacido...*

Murió Apel·les Mestres en Barcelona,

en su torre del Pasaje de Permanyer donde vivió unos 40 años —y, finalmente, perdida ya la visión y la esposa, como un eremita rodeado de recuerdos y cultivando el jardín—, el funesto 18 de julio de 1936, fecha del alzamiento militar que dio origen a la guerra civil: el sepelio, que en otras condiciones habría sido multitudinario debido a la popularidad de que gozaba, tuvo lugar entre la desolación y la muerte que reinaban en la ciudad donde, a lo largo de sesenta años de su larga existencia, Apel·les Mestres practicó con dedicación admirable la religión del arte. ■